

## **Glosa a Leonardo Padura Premio Novela Histórica Barcino 2018**

### **Por Marta Nin, subdirectora Casa Amèrica Catalunya**

Era verano en Lleida - a esa ciudad nunca llega el mar-, mis primos y sus amigos tapaban con sus camisetas los agujeros de la portería de la mesa de fútbol para poder jugar la tarde entera entre chapuzón y chapuzón de piscina clorada. A mí me dejaban tirar la diminuta y pesada bola al principio de la partida. No es por mi reducida cultura futbolística que empiezo hablando de partidas de fútbol. A veces, sosteniendo una novela de Leonardo Padura, viendo como la trama va pasando de lado a lado, la cronología histórica adelante y atrás, observando desde fuera de la lectura como el pase más suave resulta el más contundente; me veo con esos ojos de criatura a ras de mesa, extasiada por la capacidad del narrador de jugar una y otra vez con todas las esquinas y coordenadas de la historia.

Sé que en esta ciudad que tiene el fútbol como religión, hablar de fútbol puede resultar sacrilegio, pero no veo el problema siendo que el autor que hoy se premia es amante del beisbol y que - precisamente - es en este deporte donde pudiera encontrar su único Dios, donde encuentra su máxima expresión de identidad.

Hasta el extremo que tengo dudas que si por él fuera no hubiese preferido ser un gran bateador o pelotero, a gran escritor. Por suerte para los aquí presentes, lo de la pelota se le dio bastante peor que hacer preguntas y relatarlas por escrito. Bravo por el Dios de las genéticas que combinó con nosotros no darle acierto en ese enigmático juego para la gente de este lado del Atlántico.

Leonardo Padura ya empieza a estar acostumbrado a nuestra incapacidad de empatizar con bates y gorras. Según cuenta, se puede explicar Cuba sin escritores ni pintores, pero imposible hacerlo sin jugadores de beisbol. “Así va la pelota así va Cuba”, dicen en la isla. Pero la misma curiosidad que prodigamos en convertir al escritor en altavoz de contenidos críticos para con su isla, se transforma en clara indiferencia por lo que al juego de la pelota concierne. Entender que el beisbol es tan cubano como yanqui, tan caribeño como norteamericano, comporta aquí un esfuerzo mayúsculo, cuando no titánico.

En Casa Amèrica Catalunya estábamos montando *Mi tío no se llama Sam*, una exposición de propaganda política sobre las relaciones de enemistad entre Cuba y EE.UU., con esa narrativa crono-gráfica de la confrontación queríamos celebrar el fin de hostilidades entre ambos países con la llegada de Barak Obama al poder. Hoy pura ciencia ficción, pero les aseguro que en el 2016 en Casa Amèrica creíamos estar haciendo historia, la misma que hacía el presidente norteamericano visitando Cuba.

Leonardo Padura vivió ese hito generacional desde Miami, un lugar de privilegio para entender lo difícil que sería poner fin a esa larga historia de enemistad.

Por editorial Tusquets, supimos que Padura estaría cerca del eje mediterráneo para cuando inauguráramos. Con esa excusa y motivo, nos pusimos en contacto con él para

intentar asaltar su agenda con casi nueve meses de anticipación. Le propusimos tener uno de nuestros *Diálogos en Casa* con el comisario académico de la exposición sobre el concepto de ENEMIGO.

Padura me atendió con una cordialidad y cercanía sorprendentes y me dijo que no tenía nada que decir sobre aquello. No era un concepto con el que se sintiera motivado lo más mínimo, a punto estuvo de declinar nuestra invitación, hablar de enemigos no era lo suyo.

Entonces, nos atrevimos a pedirle que nos dejara llevar al escenario de nuestra Casa una de sus novelas policiacas más emblemáticas: *La neblina del ayer*. Fue Abilio Estévez, escritor cubano y gran amigo de Padura, residente en aquel entonces en Barcelona, quien escribió la adaptación dramática de esa lujosa biblioteca del Vedado que amaga los pasados de *Violeta del Río*.

Leonardo Padura aceptó, aceptó no ser el único protagonista de la sesión, aceptó que su novela policiaca se trasladara al formato de lectura dramatizada, siendo él uno más del público en ese estreno mundial e irrepetible.

Acabada la representación, un sorprendido Padura se sentaba en el escenario con Abilio Estévez tras haber escuchado las voces de sus personajes con acento: venezolano, colombiano, catalán, brasileño, mexicano ... Nunca nada tan ecuménico lingüísticamente hablando había salido de Cuba.

Siempre vamos a estar en deuda con él.

Estábamos reunidos antes de la actividad y nos pidió para fumar un cigarro, ya no daban los tiempos para salir a la calle, la Casa estaba llena de gente esperando para la actividad.

Entonces invité al escritor hoy premiado a salir a un pequeño saliente de la fachada principal, una especie de macetero horizontal que jamás antes se había utilizado para fumar, pues da directamente a la calle a la altura de un entresuelo: difícil caerte, pero facilísimo ser visto.

Yo que no fumo pensé que era una tremenda pena no poder compartir un cigarro con Padura, así que vi los Populares que no probaba desde años atrás y pedí a mis pulmones y promesas de exfumadora comprensión finita: no todos los días una puede fumarse un cigarrillo con un escritor que da unas 250 entrevistas al año y que sigue con capacidad para la ironía y respuestas sabias y cautas.

En ese momento, estaba dando las últimas vueltas al manuscrito de la que es su última publicación: *La transparencia del Tiempo*, recuerdo que hablamos de la vuelta de los Almendrones, esas reliquias de los 50 rosa chicle y verde aguacate de cuatro ruedas que poblaban las calles de la Habana cruzando su retina como un presagio de involución: a que tanto desempeño si el hombre nuevo volvía a subirse a carro

antiguo... Y cómo su mejor y primera lectora y compañera de vida, Lucía, le dijo “todo muy bien Leo, pero un poco menos de amargura”.

Nunca un cigarro me pareció tan corto. La proximidad e intimidad que te da Padura como persona es calcada a la intimidad que te da Padura como escritor.

Antes de conocernos personalmente, en los primeros correos de trabajo que intercambiamos, le hablé de la secta que estaba pensando armar en Barcelona: la secta Padura. Tras responder a todos los puntos laborales y dejar un espacio en blanco, me respondió con sorna: “Lo de la secta me parece bien”.

Debo confesar que no avancé mucho en el proyecto. En seguida entendí que me iba a ser difícilísimo mantener el carácter secreto que toda secta merece. Si te gusta la literatura de Leonardo Padura, sobretodo te gusta proclamarlo y transformar esas lecturas en una carta de presentación.

Al fin y al cabo, también somos lo que leemos.

Mi última vez (la frase suena a confesión admonitoria) fue este verano en ciudad de México, estaba en el montaje de una exposición fotográfica en el Centro de la Imagen, ese lugar prodigioso para la cultura visual latinoamericana y caribeña - cuando reconocí en la mochila del director de la Fundación Piere Verger, francés afincado desde hace tiempo en Salvador de Bahía *Paisagem de Outono*.

Lo envidié, como siempre me pasa cuando veo a quien lee un libro de Padura que yo ya disfruté leyendo. Indagué un poco, y tras comprobar que era el primero de la serie policiaca que caía en sus manos y que estaba gustando del autor, me lancé sin freno y poca compasión “Então tem que procurar O homem que amava os cachorros, não é policial, mas você vai adorar”.

Y es que no puedo evitarlo. Yo no le entré a la literatura de Padura por la serie de Mario Conde, el cubano que logró hacernos olvidar que antes de él hubo un banquero tan corrupto como engominado, el detective buscador de libros tesoro que vive la amistad con la misma vehemencia que la discusión.

Antes, había caído presa a los pies de dos galgos afganos y una historia de la que pensaba algo conocía.

Me bastaron las primeras veinte páginas para entender cuan equivocada estaba.

Explica Padura que cuando arrancó su investigación para la que sería su novela histórica más traducida, los únicos libros que encontró en la Biblioteca de Cuba fueron: *Trotsky el renegado* y *Trotsky el traidor*.

Con toda probabilidad esos títulos le pusieron en guardia, a su alter ego policiaco le hubiera dolido debajo de la tetilla, a él debió accionarle todas las alarmas de periodista, así que empezó a coleccionar lectura tras lectura, y luego se puso a escribir,

y nos dejó caladas hasta los huesos con esos universos, tiempos y personajes que cruzan la URSS, España, México y Cuba absorbidos hasta los tuétanos por sus cómo, sus dónde y sus porqués.

Y al igual que Iván pasea por la playa intentando entender porqué la isla que sostuvo su pasado se está desintegrando, sin que nada pueda hacerse para volverla a recomponer, nosotros como lectores, no tenemos de otra que asumir con desesperación el punto de no retorno de cada uno de los sujetos de la historia que se nos está contando: León Trotski, Ramón Mercader, María Caridad del Río... El fervor de los ideales al servicio de oscuras e influyentes máquinas totalitarias presentadas ante la Historia del S.XX como el bien superior.

Leonardo Padura conspira y todo dispone en sus novelas para que los hechos no sean lo más determinante de nuestra lectura. Padura ni tan siquiera busca la-verdad en sus libros, sólo trabaja cada frase para contarnos las-verdades de una historia que está llena de historias que contienen más microhistorias que se cruzarán con miles de historias más.

Por eso su pulcritud documental es la misma cuando mira al presente como cuando lo hace hacia al pasado. Con sus ojos puestos en miércoles como diría Tavares. Todo es historia, también la que está sucediendo, y ese principio entre cuántico y zen es el que define su trabajo literario.

El mismo celo histórico explicando que Cuba no abrió sus puertos a un barco lleno de expatriados de origen judío, que narrando sus plazas llenas de extraños adolescentes. La misma precisión para buscar los rastros pretéritos de una talla robada que para sumergirse en una miseria que en la isla se pensó erradicada y que volvió para quedarse. La misma curiosidad para entender por qué alguien que lo tiene todo decide arriesgar y regresar a Cuba que por saber si una de las sospechosas es rubia naturalizada o rubia natural.

Mientras lees a Padura sabes que nada es mentira, puede que ni si quiera la ficción lo sea. Como tampoco pueden serlo esas abundantes cenas y comidas que ayudan a resolver los mejores casos y a trabar las reflexiones más dolorosas. Tal vez sea la única concesión al realismo mágico que Leonardo Padura hace a un país en el que le llaman "arquitectura milagro", a los balcones roídos por el tiempo y la pobreza del centro de la Habana y que ahí siguen: siempre a medio caerse, cumpliendo un año más de revolución.

Y qué decir de basura. Basura no es un entrañable nombre de mascota. Basura no es sólo un nombre para un perro, es la resiliencia abrumada por la dificultad de los esfuerzos, es la búsqueda certera del cariño y del amor como salida, es la libertad de saber que se tiene adonde volver, pero no la obligación de quedarse.

Cuba es el gran personaje de sus novelas. No es sólo el escenario desde donde se narra. Cuba es narración y narrador.

Pero ese escritor cubano del que me hablas ¿vive fuera o dentro de la isla? La pregunta se repite impertinente y cantarina y a mi me sigue maravillando. Como primer punto de interés por la literatura de un autor, convengamos que no está nada mal. En realidad, la pregunta esconde bajo su formulación geográfica, un cosmos de retóricas filo-fóbico-políticas. Es como cuando se pregunta: ¿tú eres catalana o catalana catalana? Como si el doble gentilicio marcara la posición exacta de pertenencia que todo lo nombra y contiene.

Padura es profundamente caribeño, y ser caribeño es pertenecer a América pero no es ser latinoamericano. Aunque sea desde el Caribe desde donde parece encarnarse mejor lo latino, en esa geografía líquida de océanos y mares calientes, las olas y las sierras son de otra dimensión.

Leonardo Padura diría hoy que es cubano por los 67 costados. Y sí, ser cubano es ser latino afuera, y caribeño adentro.

Hay múltiples maneras de identificar un cubano, su gusto por las oraciones yuxtapuestas y subordinadas, por añadir mucho azúcar al café y dos adjetivos calificativos a cada sujeto, por su afición a mezclar el ron blanco con la dialéctica política, por mirar el mar como puente y como frontera, o por su escaso temor a huracanes, ciclones y otras furias tropicales.

Cuba, sigue siendo la única isla del Caribe que vive los ciclones con obligada tensión, pero sin excesiva angustia. Llegan y pasan. Siempre hay donde y como protegerse.

Personalmente, me gusta como Mario Conde espera que lleguen esas infernales tormentas que cambian las palmeras de sitio, siempre lo hace con la esperanza que también se lleven lo peor de la isla, sobretodo, lo peor de sí mismo.

¿Pero vive fuera o dentro de Cuba? Pura reducción GPS, imprescindible para poderse presentar en sociedad, el andamiaje político-existencial que todo cubano debe resolver para ser.

Y cuando el cubano inquirido es escritor, saber desde donde narra parece ser el punto desde donde partirá toda y cualquier valoración de lo que vaya escribiendo. Que por fuerza su literatura será distinta si sale de afuera o nace de adentro.

He asistido a tantas conversaciones y discusiones, que he llegado a la conclusión que la revolución cubana pasadas las doce y media de la noche y con la mayor parte del vino escanciado en la mesa merece ser denominada patrimonio intangible de la humanidad.

Todo el mundo tiene una opinión, con conocimiento de causa y criterio. Y nunca he asistido a una tasa de agresividad de discurso por servilleta tan alta, como cuando Cuba está de por medio. Cuba y su protagónica revolución que todo se lo zampa, sin dejar margen a grises, mucho menos a arco iris de colores.

Todos saben, con el mismo furor y acierto lo que en Cuba hay.

Saber porque Padura escribe de Cuba, de su pasado y presente, desde adentro, decidido a no moverse de adentro, aunque hable en sus libros de lo que adentro pasa, en realidad no importa. Padura mira con la misma perplejidad y cuestionamiento la Cuba que le rodea, como la Cuba que vive repartida por las geografías más dispares.

Será por ello por lo que ha recibido premios tanto en Cuba, como fuera de ella.

Sí, el autor hoy premiado en Barcelona vive en Cuba, pero eso no importa. Lo único que importa es caer en alguno de sus libros.

Y por eso pedimos a la Virgen de Regla de su Transparencia del Tiempo que le cae más cerca que nuestra Moreneta que en medio de sus idas y venidas, de sus conferencias y entrevistas, de sus presentaciones y premios, encuentre tiempo para ponerse a escribir.

Que egoístamente lectores, somos muchas y tantos que queremos volver a meternos como polizontes dentro de una de sus historias, y no salir de sus bodegas hasta que Leonardo Padura nos lleve a puerto.

8/11/2108, Saló de Cent, Barcelona.